



Puerta del sur,
paso del instante
a la eternidad
en un grito sin
repliegue.

Fotografías

S i l e n t e s

Margarita Sánchez Urdaneta

Epigramas Francia Elena Goenaga

*La piel humana separa
el mundo en dos espacios.
El lado del color y el lado del dolor.¹*

Paul Valéry, *Mauvaises pensées et autres*, 1942.

El dolor, una experiencia universal, se instala en el cuerpo para quedarse, marca, limita, separa y perfora, todo en un intento de enajenar al ser humano de lo que conoce, de su normalidad, para entonces insertarlo en un espacio desconocido. Este trauma, este lastimar, se inscribe para constituirse como la única realidad palpable; el contacto se polariza, el doliente sólo se comunica con su dolor. Despojado de la imagen de su cuerpo ausente o pasado, de su identidad, el sujeto ahora se ve enfrentado a un nuevo cuerpo. El dolor es, como describe Sontag, el lado nocturno de la vida.

El dolor, al igual que la piel, posee una dualidad; el sufrimiento es a la vez terriblemente doloroso y anodino, punzante y transitorio o permanente, al extremo que es capaz de silenciar a quien lo sufre. El cuerpo ante el dolor grita, la piel inscribe, manifiesta lo que el lenguaje no es capaz de expresar, no sólo porque la construcción

social está diseñada para omitir estos sentimientos, sino porque, verdaderamente, no se puede verbalizar.

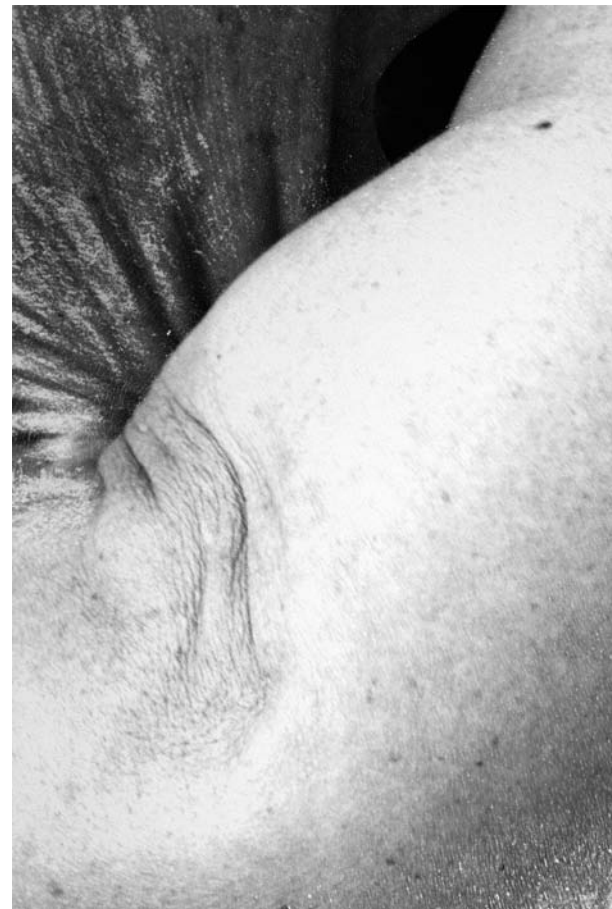
El sufrimiento no calla a la piel, ésta suple la in-comunicación que se genera luego de que el dolor se instaura en un cuerpo que antes era ahistórico. La piel se alza para separar al hombre del mundo, el dolor a un lado y el mundo al otro, pero este trauma que inscribe no sólo al cuerpo deja señales imborrables. Por ello, se puede pensar la piel como palimpsesto del dolor, ya que en ella se inscriben las experiencias dolorosas a lo largo de la vida, creando así una historia íntima y personal en el cuerpo ahora marcado. Silentes son los que viven inmersos en el dolor; en el sufrimiento, sus pieles comunican el padecimiento que no pueden manifestar. El papel es una piel, una piel escamada, dibujada, en la que se pueden exponer las narrativas construidas a partir de una historia de dolor, creando así una nueva cartografía del cuerpo, del palimpsesto que escribe el dolor sobre la piel. Estos silentes, a su vez con el tiempo acumularán historia y serán sobrescritos una vez más.

Margarita Sánchez Urdaneta (Colombia)

¹ El lado del color es la identificación según las construcciones sociales: raza, género, preferencia sexual, según las estrías de la piel, las escarificaciones, las escrituras en ésta. Mientras que en el lado del dolor no existen estas categorías, todos los seres humanos lo experimentan y es este sufrimiento el que permanece de las paredes de la piel hacia adentro, una sensación que no se puede negar y que se mantiene dentro de los límites del cuerpo sin la posibilidad de discriminar.

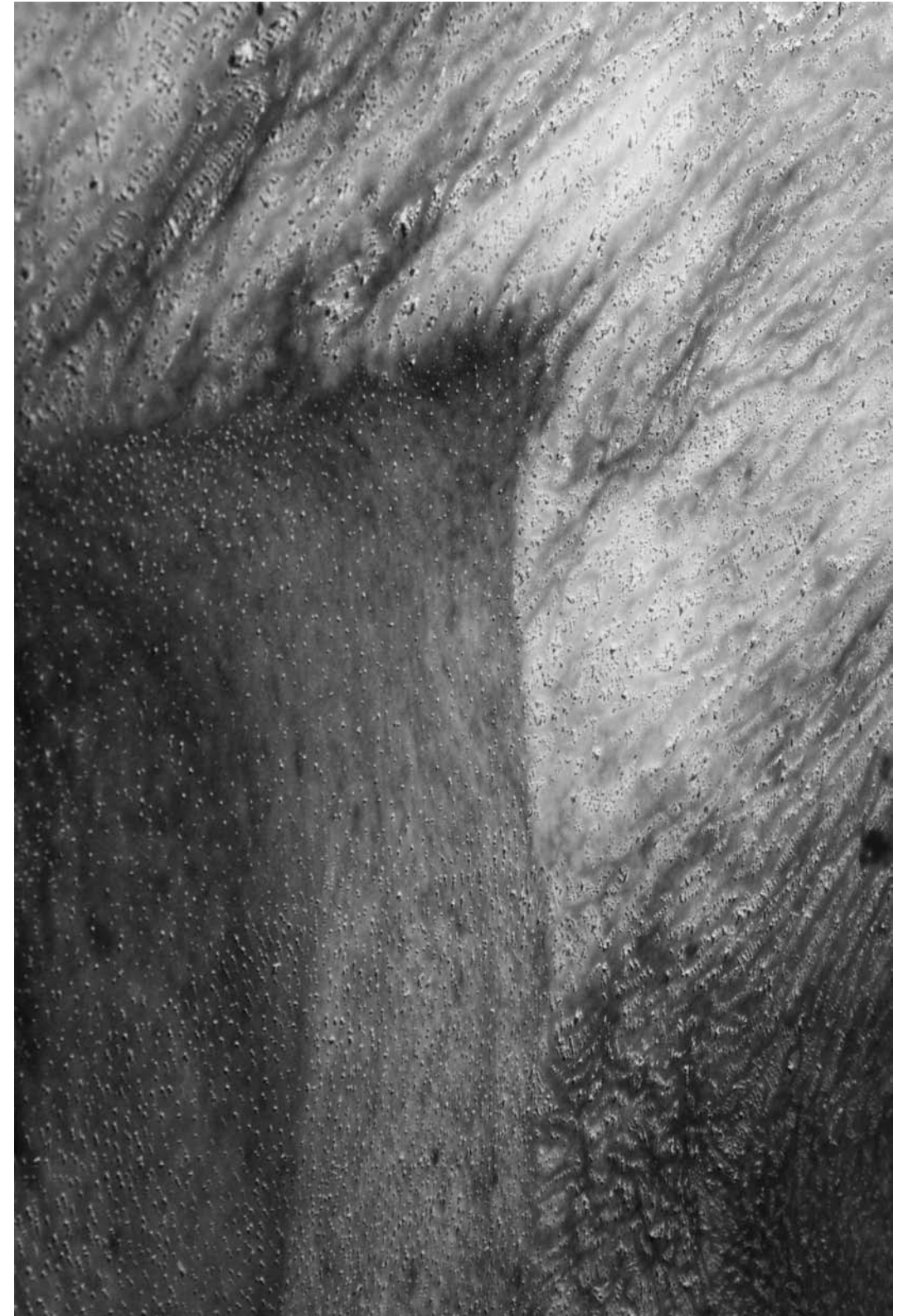


Mi cabellera gana barlovento. He dejado tu cuerpo en llamas, tierra sin agua.



Arabesco es tu cuerpo,
puente entre el nacimiento
y la muerte.

Sufres aunque el dolor no cabe en ti,
Mueres aunque la muerte no quepa en ti,
Amas aunque el amor no sabe a ti.
Tu piel tampoco te envuelve,
se derrama.





Hay tanta desnudez en este prado, que te lo ofrezco como una flor.



El deseo es fuego purísimo que busca un camino,
Rosa renovada en cada sueño.
Pliegue.



Silentes nació como un proyecto de grado en artes visuales. Margarita Sánchez tomó fotos de un viejo desnudo. En éstas aparece el dolor como un segundo cuerpo, con los pliegues que “día tras día son la vida”, un dolor silente.

Margarita me pidió que escribiera un texto para sus fotos y lo que surgió ante mí fue un cuerpo como emblema del dolor y del deseo, una vida convertida en gesto. En algunos casos, lo vivido es más mítico que personal; en otros, son las cenizas del amor las que se han transformado en dolor, sufrimiento, casi enfermedad, misterio.

Estas fotografías han sido manipuladas para aumentar su capacidad de sugerencia. En ello radica el misterio, el enigma: en la imposibilidad de convertir la presencia en algo dado, pues es pliegue, memoria porosa, personal e impersonal al mismo tiempo, pero no por ello menos real.

Es así como en este intento de traicionar la imagen verbalizándola, nacen los silentes y sus epigramas. Llamo escritura epigramática a aquella que se sirve de la imagen para comunicar un estado emocional, mental o moral. En el barroco, tal experiencia estaba normatizada, eran recurrentes las imágenes y las expresiones de las pocas líneas que conformaban el epigrama (el concepto, la palabra). Reconozco que tal ejercicio es anacrónico en pleno siglo XXI, pero se me ha ocurrido que la fotografía reemplaza al grabado y que la imagen al ganar textura deja de ser una alegoría congelada del tiempo. El epigrama, a su vez, gana mayor libertad al aproximarse a una posible experiencia sensible, aunque, por supuesto, todo sucede en el límite. ■

Francia Elena Goenaga